LA GUERRA
Y LA
DEMOCRACIA ANGLO-AMERICANA
por Teodoro DREISER

Proseguimos en este número la publicación de trozos de la obra de Dreiser. En la vez última dimos a conocer parte del capítulo séptimo, en el que pudimos asomarnos a los interiores del Parlamento, a sus bambalinas de farsa democrática. Ahora, dentro del mismo capítulo, Dreiser contrasta otros aspectos menos ostentosos, pero bastante más reales, de la contradictoria y desigual vida inglesa. Esta vez nos toca hablar de la miseria y el desamparo de quienes "gozan" de tan liberal Parlamento.

CAPITULO SEPTIMO

¿Hasta que Punto es Democrática Inglaterra?

Oyes hablar del ejercicio del derecho de "libertad de reunión" en un rincón de Hyde Park, donde hablan tantos maníacos a la vez, que no puedes distinguir del alboroto general una voz determinada; en cambio, no oyes hablar de la suspensión violenta, por la policía, de asambleas democráticas celebradas en el exterior de las bolsas de trabajo, y en otros lugares de reunión donde, lógicamente, se congregan los pobres. Se habla de la libertad de cultura en Inglaterra, pero no te dirán una palabra de la dictadura que ejerce sobre el teatro un funcionario nombrado por el Rey; ni te hablarán del monopolio de la radiodifusión, ni de la censura y prohibición de las películas pro-democracia, y (casi hasta el momento de la declaración de la guerra actual) de aquellas otras contrarias a Hitler. Oyes hablar de la libertad de prensa, pero nada te dicen de la censura extraoficial, y efectiva a más no poder, que se ejerce en tiempos de "crisis", desde Whitehall (clara expresión de lo que fué la supresión, durante varias semanas, de toda suerte de noticias referentes a la travesura de Eduardo VIII con Wally Simpson). Tampoco te dirán que, virtualmente, la totalidad de la prensa inglesa está en manos de seis lores, de los cuales, tres controlan una circulación de más de ocho millones de ejemplares solamente en Londres; y esto en un país de cuarenta y cinco millones de habitantes. Tampoco te va a contar nada acerca de la supresión, durante los pasados veinte años, de todos los derechos civiles en el norte de Irlanda, que forma parte de Inglaterra.

Podrás ver en la Feria los productos de las industrias inglesas, pero no te dirán nada en relación con las condiciones en que se hacen esos productos. No te dirán que, en grandes regiones del país, las muchachas de menos de 17 años ganan un salario de tres dólares a la semana, y que las mujeres, sólo reciben 6.25; ni que el 15% de ellas, trabaja más de sesenta horas semanales. Tampoco te hablarán de los campesinos que marchan sobre Londres para detener la corriente monopolista que los va lanzando a las casas de trabajo. Ni te dirán que en 1939, rechazaron la petición de los obreros del campo, que reclamaban un salario mínimo de 10 dólares a la semana. Ni de los ferroviarios, a los que se les negó un mínimo de 12.50, en tanto que se estaban dando subsidios enormes a las compañías, y sacando aquel dinero de la tesorería del pueblo, mientras las compañías seguían partiendo dividendo.

Oyes hablar de la tan cacareada "justicia inglesa", pero no te dirán una palabra acerca de la exclusión de casi todos los trabajadores del servicio de jurados, por falta de calificaciones de propiedad, es decir: por falta de "solvencia económica". Ni te dirán que todos los jueces, y todos los magistrados, se nombran "desde arriba"; ni del efecto reprensivo de las leyes de difamación, y del festín glorioso que, con ellas, se ofrece a los chantajistas. El Departamento para las Personas Pobres, que debe dar ayuda legal a todos los que carecen de medios económicos, es uno de los organismos que te exhibirán con orgullo; lo que no te querrán aclarar, de buena gana, es que sólo funciona en tribunales que apenas tienen que ver un dos y medio por ciento en los litigios que se refieren a los trabajadores.

Pero las estadísticas te ofrecen una ilustración más gráfica. Para captar alguna impresión real de la "democracia" que se manifiesta en Inglaterra, uno necesita visitar el país, y volver con una buena dosis de ese pigmento sombríamente gris que tan perfectamente tipifica el panorama inglés.

Los gobernantes ingleses han organizado el "frente" democrático con un cuidado que los visitantes norteamericanos se ven obligados a admirar. Se conserva Hyde Park, para demostrar que en Inglaterra existe la libertad de palabra. Y no puedes ver, documentalmente, que el gobierno interfiere la prensa, ni el cine; ni puedes probar que la Constitución inglesa no sea democrática, puesto que ni ha sido escrita jamás, ni existe. Para demostrar que el gobierno es opuesto al fascismo, se permite que funcione la insignificante pandilla de camisas negras dirigidas por Sir Oswald Mosley; de este modo, se puede molestar al grupo de vez en cuando, y detener a los líderes en tiempo de guerra; mientras tanto, los fascistas auténticos y de gran significación, a quienes lo único que les falta es ostentar la etiqueta de tales, continúan dominando la City de Londres, y la prensa, y los escaños de la Cámara de los Lores y de los Comunes.

Un noventa por ciento de las personas que visitan Inglaterra, jamás se dan cuenta de lo gris de esa tierra, en toda su terrible desolación; pues el país, geográficamente, está perfectamente dividido en departamentos. Prácticamente, la totalidad de los vastos tributos que provienen del Imperio, se vierten en Londres y en el Sur, donde se encuentra todo lo que vale la pena, desde el punto de vista de los turistas que sólo tratan de divertirse. Es cierto que el propio Londres posee millas y más millas de barrios desolados; pero se encuentran perdidos en la parte sur y en el este de la ciudad, por donde sólo se permiten deambular aquellos raros turistas que quieren ver la verdad, no la diversión.

Con sólo apartarse un poco de los caminos trillados, se empieza a comprender lo que quieren decir los críticos ingleses de su propia sociedad, cuando afirman que la democracia, en cualquier sentido práctico, es palabra que, en Inglaterra, se comprende con trabajo.

Los economistas hablan de dos mundos: el de los pobres y el de los ricos. Estos dos mundos existen en Inglaterra, como existen en cualquier otra parte. En nuestro propio país, como ya hemos visto, cada día se hace más difícil pasar del mundo inferior al mundo superior, a medida que las fronteras que separan esos mundos entre sí se van estrechando más y más, y las oportunidades se van desvaneciendo. Pero, entre nuestros dos mundos y los dos mundos ingleses, existe una diferencia fundamental: la de que, en Norte América, todavía tenemos fé en la democracia, todavía tenemos esperanza; una esperanza que se basa en algo tangible: en nuestra Constitución, conjunto de ideales de nuestra revolución, especificados de una manera precisa.

En Inglaterra, las masas populares viven en un mundo frío, gris; en un mundo lleno de hambre, de enfermedades, de niños harapientos y escuálidos, de hogares sórdidos, plagados de chinches. Un mundo rodeado por una muralla de piedra; un mundo privado de sol. Por lo que se refiere a la posibilidad de ascender desde ese mundo al mundo superior, aquel pueblo carece de esperanzas. Tienen que vivir y sufrir, y morir allá donde la naturaleza se ha complacido en situarlos. Pálidos, azorados, como consecuencia de varias generaciones de miseria, casi parecen de una progenie física diferente. Si intentan saltar el muro que les rodea, se encuentran marcados, por su acento, casi tan visiblemente como si les hubieran marcado en la carne con un hierro al rojo: pues el mundo de arriba tiene un lenguaje tan suyo, tan peculiar, que los hombres más inteligentes del mundo inferior apenas lo podrían aprender en toda su vida.

Ve a los condados del norte: al Clydeside escocés, o al País de Gales; y verás a esas masas que nada poseían, y a las que se ha quitado todo: hasta lo más insignificante que pudiera pertenecerles. Jamás han visto nada distinto a la pobreza, y a la miseria; para ellos, la manera de vivir de un rico del sur, con su piso en Mayfair, con su residencia campestre, verde y pulcramente cultivada, como por esclavos, no puede ser una realidad: les parece como un sueño. No saben lo que es la mantequilla, ni los huevos, ni la leche fresca, ni las verduras; ni saben qué se siente al ponerse una ropa decente; alguna vez, como en son de burla, han podido contemplar un cuarto de baño recubierto de mosaicos: alguna vez, cuando se han permitido el lujo terrible de ir al cine. Ya saben que jamás alcanzarán nada de eso, por mucho que se esfuercen, con las manos o con los sesos. Pero, como el hombre no puede vivir indefinidamente sin esperanza, sea ésta la que sea, van una y otra semana con sus cupones de foot-ball de a penique, apretujándolos con avidez, y pensando que tal vez con ellos, un buen día, en las apuestas, la suerte les favorezca con el premio de mil libras. Pero ese penique, gastado así, indefectiblemente sirve para aumentar los beneficios de los ricos, al mismo tiempo que se convierte en un opio efectivo para quienes lo desembolsan.

George Orwell, el escritor inglés, describe de la siguiente manera uno de esos "hogares suntuosos" de Inglaterra, en el norte industrial:

"Sala: 10 pies cuadrados, con brasero y pileta. La otra habitación del piso bajo, el mismo tamaño; aunque probablemente proyectada para sala de recibir, se utiliza como alcoba. Arriba, dos habitaciones iguales que las de abajo. El consumo diario de gas, cuatro peniques y medio. Excusado colectivo, a 70 yardas de distancia. Para ocho personas, cuatro camas en toda la casa. Las personas: ancianos padres; dos muchachas adultas (la mayor de 27 años); un joven, y tres niños. Los padres, una cama; el hijo mayor, otra; las dos camas restantes, a compartir entre los cinco que quedan. Chinches terribles.... "Cuando hace calor, no te las puedes quitar de encima". "En la habitación de abajo, una miseria indescriptible; en la de arriba, un hedor insoportable".

Después de vivir voluntariamente en tal sitio, para intentar comprender los problemas de los pobres, Orwell escribe:

"No fué solo la suciedad, los olores, el mezquino alimento, sino la sensación de estancamiento y de abulia; la sensación de haberse sumergido en aquel lugar subterráneo, donde las personas se arrastran de un lado para otro, exactamente como escarabajos, en una confusión de trabajos inmundos y despreciables rencores. Lo más terrible de esas personas, como los Brookers, es la manera de repetir las mismas cosas, una y otra vez. Da la sensación de que no son personas en absoluto, sino una clase de fantasmas repitiendo siempre la misma jerigonza estúpida. Al fin, las lamentaciones continuas de la señora Brookers —siempre las mismas quejas, una vez, y otra y otra; y para terminar invariablemente, el mismo estribillo, con el mismo lloriqueo: "Qué duros están los tiempos, ¿verdad?"— me indignaba todavía más que su costumbre de restregarse la boca con pedazos de periódico. Pero es inútil decir que las personas así, como los Brookers, son repugnantes y no hay que pensar en ellas. Porque existen por docenas, por centenas de millares....

FRENTE INTERNACIONAL

(Viene de la pág. 5)

Japón.—Contra lo que inicialmente se supuso en Washington y Londres, el Japón, en vez de declarar la guerra a la Unión Soviética como miembro del Eje, según lo hizo Italia el propio domingo 22, se apresuró a definir su actitud inmediata—no hay que confundirla con la definitiva—mediante una sola palabra usada atingentemente: Alemania, dijo, ATACO a la Unión Soviética. En esa forma indirecta declaró que su alianza con Alemania no le imponía entrar como beligerante, pues Alemania NO HA SIDO ATACADA. Aunque casi ningún interés tiene el saberlo, es muy probable que tal línea de conducta se haya adoptado de acuerdo con Hitler y no en contra de su parecer y decisión. Por lo demás, ningún obstáculo se opone a que más tarde, cuando así convenga a los intereses imperialistas del Japón, sobre todo si las armas son adversas a la URSS entre a la guerra en la forma que desee y con la justificación que le convenga inventar. En rigor, es la relación que hay entre ir a la guerra con la URSS y perder la guerra de China lo que detiene a los japoneses. Mientras los Estados Unidos puedan conservar posición dominante para decidir en buena parte la suerte de la guerra de China, los japoneses cuidarán muchísimo sus pasos. En cambio, apenas llegare a haber una situación militar muy comprometida para la U.R.S.S. o para los Estados Unidos, el Japón se lanzaría a apoderarse de Vladivostock y su zona anexa, o de las Indias Holandesas. Por el momento, espera cautelosa es lo único que cabe, según Tokio.

Francia.—Al estallar la guerra de Hitler con la U.R.S.S., los nazis han tratado, como era natural, de hacer resurgir su cruzada anticomunista y su pretendido papel de defensores de la civilización, la familia, la propiedad y hasta.... la paz. Fuera de la zona que dominan y tienen esclavizada en Europa, nadie da a esa postura mayor crédito del que merece un gastado ardid de guerra. Pero con tan gastado lema y aun sin lema alguno, es posible obligar a los gobiernos peleles como el de Pétain, a lanzarse en contra de la Unión Soviética. No otra cosa es lo que él por su cuenta estaba deseando. Por consiguiente, a los seis días de que la U.R.S.S. fué atacada, Vichy declaró que rompía relaciones diplomáticas con ella y procedía a expulsar a los representantes diplomáticos y consulares soviéticos que estaban en Francia. Esta decisión no sorprende a nadie. Pero tampoco es un acto de guerra que altere en lo más mínimo la situación de las fuerzas. Francia ha dejado de ser una potencia militar y, poniéndose ahora a la altura de la España de Franco con la que tantos lazos la unen, no va más allá de declarar que no tiene inconveniente en que sus ciudadanos se enrolen como carne de cañón, como "voluntarios", para ir a luchar en la Unión Soviética. A bien poco vino a quedar reducida la Francia de los conservadores. Pero hay algo más que nos interesa subrayar. Es lo siguiente: la decisión de Pétain respecto a Rusia, no fué tomada por lo que significa en lo internacional, sino PRINCIPALMENTE por lo que tiene de MEDIDA DE REPRESION CONTRA LOS CIUDADANOS FRANCESES. Pétain sabe muy bien que la entrada de la U.R.S.S. a la guerra, arrastrará sin remedio a grandes núcleos de población francesa, para quienes ya no habrá la menor duda acerca de las tendencias y fuerzas que combaten en el mundo a estas horas. Hitler es ahora, otra vez en forma clarísima, el enemigo de los franceses y el enemigo de las ideas socialistas al mismo tiempo. Nada queda incierto o en su favor. La gran mayoría del pueblo de Francia, tendrá, pues, que ser víctima de la represión, por ser antihitleriana. Para "aceitar" convenientemente los resortes de la represión, era menester la grasa de la "traición a la patria", que ahora se atribuirá a todos los que, no obstante la "pugna" entre los dos países, demuestren la menor simpatía hacia la Unión Soviética. Y mucho va a tener que trabajar la policía francesa para ahogar los impulsos del noventa por ciento de los trabajadores de su país, según lo iremos sabiendo poco a poco, a través de la censura.

LUZ SOBRE EL CINE

(Viene de la pág. 4)

"Western Union"

Todos conocemos ya los films que relatan los hechos de la época de la gran construcción del capitalismo norte-americano. Entre ellas ha habido películas de primer rango. Pero en los últimos tiempos se ha exagerado desproporcionadamente el género quizá por el deseo de elaborar propaganda optimista en gran escala para recordar al pueblo una pujante juventud capitalista que podría resurgir espléndidamente con la resurrección de la fé y la confianza que animaron aquellas grandes empresas de los días gloriosos de la conquista del oeste.

"Western Union" es la historia de la conquista de la distancia por el telégrafo. Es una cinta que recuerda las viejas epopeyas, pero las recuerda del mismo modo que todas la películas similares, en una forma que ya se ha hecho tediosa y cansada por la repetición sin variante alguna de los mismos temas apenas modificados por la naturaleza del relato. Ya hemos dicho bastante en estas notas sobre esta clase de propaganda a la supuesta resurrección del capitalismo para tener que repetirlo. Baste a notar que el fin de "Western Union" es el de presentar un alegato más en favor de la esperanza del resurgimiento.

No deja de de ser significativo el modo como esta cinta presenta a los indios. A pesar de que trata de deprimirlos no puede evitar la revelación de los secretos del éxito del juvenil capitalismo yanqui: la explotación de los indígenas a base de aguardiente y de los mitos religiosos.

SUSCRIBASE A *COMBATE*

LLENE ESTE CUPON

C O M B A T E

SEMANARIO POLITICO

REDACCION: AV. REP. DEL SALVADOR, 23

México. D. F.

Nombre . . . . . .

Domicilio . . . . . .

Ciudad . . . . . Estado . . . . . .

Precio de la suscripción	México	Extranjero
Seis meses	$ 2.50	Dl. 1.00
Un año	$ 4.50	Dl. 1.75

Envío a Uds. . . . . .
(giro o vale postal)

Marque Ud. el cuadro que elija.

CAMPAÑA DE JULIO

A las personas que se suscriban durante este mes les daremos la oportunidad de adquirir uno de los últimos ejemplares que nos quedan de **"YO ACUSO"** *en estas condiciones:*

Suscriptores por 6 meses $2.50 más $0.50 por el libro total $3.00

„ „ un año $4.50 y el libro Gratis.